

El café se servía en la terraza, bajo las grandes sombrillas de colores vivos.

El primero en abandonar la mesa del comedor fue el propietario de una fábrica de porcelana; extraordinario bromista y portavoz del grupo alemán, llevaba la cabeza rasurada, sudaba copiosamente y entre plato y plato interpretaba con entusiasmo contagioso las melodías más en boga, tamborileando sobre la mesa o el borde del plato con el cuchillo y el tenedor. Cada vez que la directora del hotel, una mujer de cabello rubio pajizo, entraba en el salón, el alemán se arrancaba a cantar *Nimm dich in Acht vor blonden Frauen* (Cuidado con las rubias) imitando los gestos y la entonación de una conocida actriz cinematográfica. Esta traviesa alusión siempre causaba hilaridad entre sus oyentes. El industrial lucía su uniforme veraniego —pantalones amarillos de lona, camisa deportiva sin cuello abotonada sobre un pecho tostado por el sol y cubierto de vello canoso, tirantes bordados con motivos bávaros, gafas amarillas con montura de carey y gorra blanca— como si fuera un traje de payaso para una función de aficionados. Se detuvo casi horrorizado al llegar a la puerta que daba a la terraza, desde cuyo umbral se podía ver el mar, y dio un paso atrás.

—*Schon übertrieben* (Qué barbaridad) —dijo con su habitual estilo telegráfico y bien articulado, pero con un tono

tan descaradamente alto que se oyó incluso en el comedor. Meneó la cabeza y, como si viera acercarse una catástrofe, entornó los párpados para escrutar el mar y el cielo.

Consultó el termómetro colgado en la jamba de la puerta, estirándose como si sus ojos miopes, habituados a dimensiones más terrenales, no alcanzaran a distinguir el vértice de la columna de mercurio, y leyó a media voz, casi con reverencia, lo que indicaba.

—*Achtunddreissig* (Treinta y ocho) —balbuceó pausando cada sílaba. En su tono se reflejó la admiración del hombre contemporáneo por los récords. Empujó con el pie la puerta cristalera del comedor y gritó en dirección a los comensales—: *Achtunddreissig im Schatten!* (¡Treinta y ocho a la sombra!) —Pero como el coro invisible no dio ninguna respuesta a esta clara señal de alarma, añadió como para sí—: *Alle Achtung* (No está nada mal). —Acto seguido, arrastrando sus zapatillas de tenis, cruzó la terraza de hormigón, que exhalaba un aire caliente y seco, y se dejó caer en la única tumbona que, a través de la balaustrada, recibía algo de sombra de unos olivos.

Permaneció unos minutos así, solo y tumbado. Extrajo del bolsillo del pantalón un periódico alemán meticulosamente doblado. Parecía querer inducir a los que en aquel momento aún se encontraban al reparo tras los ventiladores y las persianas bajadas, relativamente a salvo con sus frescas aguas minerales y sus copas de helado míseramente derretido, a que tomaran conciencia de la gravedad de la situación. ¡Treinta y ocho grados a la sombra! Mientras todavía estaban comiendo, un vendedor ambulante había colocado sobre la balaustrada de piedra de la terraza una serie de piezas de artesanía, manteles, chales y colchas de colores vivos, todo tejido a mano. Más allá de la balaustrada se extendía una pista de tenis y una huerta que descendía hacia el mar, y desde la terraza serpenteaba hasta la playa una estrecha escalera empedrada con guijarros. El vendedor subía y bajaba la escalera con andares

apacibles y silenciosos. Se había procurado unas piedras en el jardín para fijar sus livianas mercancías, ya que las ráfagas de aire caliente procedentes del mar las zarandeaban sin cesar. Calzado con unas babuchas de algodón negro y calcetines de lana blanca, y vestido con unos pantalones de ante negro ya desteñido y una casaca de manga corta ribeteada de rojo que le tapaba el delgado torso hasta la cintura, iba y venía con un aire contrito y envarado, como si asistiera a un extraño ritual funerario. Los colores y dibujos de los bordados y tejidos hacían juego con la silueta roma del paisaje, con los perfiles tristes y agrestes de las rocas, los tonos verde grisáceo de la vegetación calcinada. El hombre, sus movimientos y sus artículos se confundían con el paisaje, se mimetizaban con los olivos y matorrales de siempreviva. Al cabo de un rato se acomodó sobre el último peldaño, mirando al frente con aire humilde y perplejo, como a la espera de algo, y entonces a sus labios afloró una sonrisa.

Los comensales alemanes aparecieron en la puerta como una tropa, vociferantes y despreocupados. Convencidos de que la unión hace la fuerza, parecían sentirse a salvo de todo peligro. Los lideraba el mismo matrimonio que los había encabezado en la mesa: una mujer huesuda, de rostro moreno y agradable, y su marido, que incluso a la hora del almuerzo lucía el pijama con absoluta desenvoltura. Éste se adelantó a su esposa y recorrió la terraza con la desconfianza de los miopes, ajustándose los anteojos sobre una nariz chata, pero mostrando orgulloso su prominente barriga, como el jefe de una tribu que guía a su pueblo con mano firme a través de parajes peligrosos. A ellos también les afectaba el bochorno. Las mujeres llevaban ropas baratas y coloridas, húmedas por el sudor. A esa hora el calor era tan punzante y pegajoso que todo cuerpo parecía un lastre cubierto de impurezas. La única excepción era una mujer de ojos grises y cabello rubio entrecano, que destacaba fresca como una rosa en medio del grupo alemán; entre aquel bochorno pringoso e invisible se movía

con la familiaridad de las mujeres anémicas y de piel muy pálida, casi como quien se siente en su propio elemento, con aire altivo, consciente de ser la única persona, entre todos aquellos cuerpos sudorosos y de segunda clase, capaz de resistir las adversidades climáticas. Su cuerpo reflejaba las ondas térmicas; parecía que, en vez de piel, sus flácidos músculos estuvieran recubiertos por una delgada capa de amianto.

—*Achtunddreissig* —constataron también los recién llegados; les costaba respirar, reían turbados y hacían comentarios sobre el extremo calor.

Para aquella estación del año, la temperatura era sin duda excepcional, incluso en aquel rincón meridional, sofocante y de clima casi tropical del Adriático. Un caballero de Belgrado, funcionario ministerial de cuya barba cuadrada al estilo Enrique IV caía de vez en cuando una gruesa gota de sudor, recordó que catorce años antes, justo en ese mismo mes, había llovido y soplado un viento gélido y sólo los más osados se habían bañado en el mar.

Los miembros del grupo se fueron instalando. Un pegajoso vaho de humedad había cubierto las tumbonas. El vendedor ambulante se puso en pie con presteza, como si hubiera llegado el momento que esperaba, se colocó al lado de sus tejidos y sonrió. Pero las damas lo contemplaron con una expresión de lánguida perplejidad, y al final ninguna se movió. Como ciertos insectos que permanecen inmóviles, aparentando estar muertos en los instantes de peligro.

—*Zepp - Macht - Arktisfahrt!* (El Zeppelin - sobrevuela - el Ártico) —leyó el fabricante de porcelana a ritmo de alfabeto Morse, como quien, pese a las calamidades del tiempo, considera necesario mantener informados con regularidad a sus displicentes conciudadanos sobre las noticias del mundo civilizado.

La noticia del vuelo sobre el polo Norte halló un débil eco en un par de comentarios sobre la extrema diversidad del clima en el planeta y la superioridad alemana en el campo de

la tecnología. El bochorno se condensaba maloliente bajo las sombrillas de colores. Curiosamente, el sol no se veía. Nada delataba el origen del calor, que parecía emanar de unos conductos invisibles. Junto a la balaustrada, la figura del vendedor, el perfil oscuro de su torso esbelto, se recortaba nítidamente contra el cielo gris claro, tan grácil como si formara parte de la flora, respirara y se moviera de forma acompasada con el paisaje de olivos y cactus que, a merced de las corrientes de aire cálido, oscilaban ligeramente. La brisa no dejaba huella en el paisaje, no aliviaba el calor, se limitaba a pasar de largo y chamuscar la epidermis de cuerpos humanos y vegetales; allí arriba, en la terraza, se tenía la impresión de que abajo, en las vísceras de la tierra, los fogoneros hubieran abierto por un instante la caldera del barco para que ascendiera hasta cubierta una masa de aire incandescente. Su roce dejaba en la piel un ligero dolor, como una quemadura de primer grado. Todo eso, a finales de mayo, resultaba excepcional.

Dentro, en el comedor, ya habían terminado de servir el primer turno del almuerzo. El grupo de huéspedes que prefería almorzar temprano ocupaba los bancos y tumbonas bajo las coloridas sombrillas de la terraza. El mar, también gris claro, emitía vapores como si hubiera alcanzado su punto de ebullición. El hotel, con su pista de tenis y su huerta, parecía ahora un fantasmagórico velero de varias cubiertas, un gran buque que con las velas plegadas avanzara lentamente en la bonanza hacia el horizonte, donde se tocaban el gris del mar y la tierra. El Argentina era la construcción más elegante de la costa; el *maitre* había sido *steward* jefe en el yate de lujo de un noble local, quien en tiempos no muy lejanos había mandado erigir aquella suntuosa residencia para su uso privado. El yate de lujo seguía recorriendo los mares pero, como un automóvil cuyo propietario ha venido a menos, se dedicaba al transporte de pasajeros entre Zadar y Kotor; la pomposa residencia veraniega decorada con exclusividad había sido conver-

tida en hotel, y el caballero arruinado se había retirado, según los rumores, a un sanatorio en alguna parte de Split. Ahora los huéspedes eran enviados allí por las agencias de turismo, deslumbrados con promesas que el Argentina sólo podía satisfacer parcialmente. Entre éstas sobresalían «los jardines colgantes», que en realidad eran bancales con hortalizas, y la «playa propia», íntima y exclusiva, pero inutilizable por ser pedregosa. Por muy avispadas que fueran las oficinas de turismo, finalmente se supo cómo eran las cosas en realidad y el Argentina, a despecho de sus ilustres y suntuosos orígenes, con el paso del tiempo se vio obligado a moderar sus precios. El hotel ya era visitado por huéspedes de recursos limitados, turistas que meses antes del viaje calculaban hasta el último céntimo que se permitirían gastar durante su estancia. Así fue como, de lujosa residencia estival, el Argentina había pasado a ser un respetable hotel «burgués», obligado a amoldarse al nivel de vida y la escasa prodigalidad de sus clientes. Por ejemplo, después de la fruta ya no se ofrecía el lavamanos.

En la terraza del famoso hotel, los huéspedes se entremezclaban en un ambiente de forzada familiaridad, resignados al destino de su clase social, conscientes de que por esos precios no podían exigir un lujo y una privacidad exclusivos. Las comidas se servían en un comedor común, el menú era igual para todos, la mayoría de las veces el café llegaba tibio a la mesa, y aquel que a las nueve en punto no acudiera a la llamada del gong, se quedaba sin desayuno, salvo que se granjeara el favor del otrora *steward*. Pero se equivocaría quien pensara que el Argentina había perdido por completo su antiguo esplendor y renunciado a sus aspiraciones de grandeza. El *maitre* seguía recurriendo al francés para calmar a los huéspedes que presentaban quejas, obligándolos a esforzarse en busca de las migajas del francés aprendido en el instituto, y las camareras locales, de piel morena, colocaban cada dos días flores frescas en las mesas de las suites con vistas al mar y cuarto de baño propio. Independientemente de la lengua en

que le pidieran la cuenta, el antiguo *steward* se obstinaba en llamarla *facture*. Y como la espléndida residencia carecía de salas espaciosas para conversar —aparte del comedor, donde el personal no paraba de poner y recoger las mesas, y un vestíbulo repleto de otomanas de estilo turco, donde los olores de la comida que se colaban del comedor hacían desagradable la estancia—, los huéspedes que se alojaban más de tres días se veían obligados a adecuarse a tal situación de inevitable promiscuidad, codo con codo con gente chismosa que masticaba ruidosamente; a resignarse a una convivencia forzada, hecha de comidas en común, playa común, terraza común y cuartos de baño comunes.

El ambiente, como en todos los lugares de esta clase, estaba saturado de la vibrante euforia que provocan los cotilleos y comentarios indiscretos. Las parejas se dejaban ver a intervalos irregulares y su aparición producía efectos casi teatrales.

—Parece una sauna —apuntó en francés un joven de cutis color café, vestido con un traje de seda cruda, que tenía una sospechosa canicie en las sienes, se diría que artificial.

Animado por sus recientes éxitos galantes, susurró esta frase a una dama croata con la que salía a la terraza por la puerta del comedor, una elegante mujer de Zagreb, llenita y rozagante como una madre joven, que alquilaba unas habitaciones con vistas al mar situadas en la planta baja del Argenti-na, donde veraneaba con sus dos hijitos y la niñera. El joven caballero color café, que pretendía alardear de su éxito ante los presentes, se mordió el labio lascivamente al susurrar esta banalidad a pocos centímetros del rostro de su acompañante. Las ventanas de la habitación de aquella dama daban directamente a la terraza, y hasta las camareras comentaban en voz alta los pro y los contra de alojarse en la planta baja. Era comprensible que los huéspedes burgueses se viesan turbados por la exuberante vida amorosa de esta joven madre de familia, la cual, mientras sus hijos todavía lactantes dormían en la estancia contigua, hasta hacía tres noches había recibido —a través

de las ventanas de la suite— las visitas nocturnas de un oficial de bajo rango de la flota mercante dalmata, al menos eso aseguraban los observadores. Poco después de que el carguero *Dubrovnik II* levantara anclas, la fogosa madre de familia, que paseaba todo el día entre la playa y los jardines colgantes con un tomo de poemas de Rilke en la mano —del que no se desprendía ni para ir a la pista de tenis, donde no jugaba ni leía pero sí conversaba amenamente con todos—, había distinguido con sus favores a aquel extranjero de color café, que había aparecido como por arte de magia y del que sólo se sabía que era turco y vestía trajes de seda cruda. El grupo alemán, cuyos integrantes, en solitario o en parejas, se mostraban más bien tímidos y atentos —casi desamparados, como suelen comportarse a veces en el extranjero los hijos de esta gran nación, como si temieran permanentemente ser castigados por algún turbio pecado original—, pero que en grupos eran tanto más atrevidos y dados a la crítica, también se sintieron tentados a comentar la aparición de la fogosa madre croata y su sospechoso acompañante; entre el murmullo con que recibieron a los recién llegados se oyeron irónicos «*balkansitten*» (costumbres balcánicas). Sin embargo, los acogieron con la sonrisa amistosa que corresponde a quienes comparten un mismo desastre climático y una misma convivencia forzada. Era una hora realmente álgida y el calor mitigaba todo prejuicio.

—Me extraña —dijo en voz baja a su vecino la mujer morena de rostro agradable, esposa del caballero barrigón del pijama—, me extraña mucho que la señora tenga ganas con este tiempo.

Fue un comentario de naturaleza empírica y privado de toda malicia, y ambos asintieron con la cabeza.

El caballero turco buscó un sitio para la elegante dama croata.

—Igual que en mi país —dijo al arrimar una silla a la ba-laustrada, sonriendo impudicamente, como si le susurrara al



oído una confidencia íntima y se encontrase muy cómodo en aquel clima brutalmente tórrido—. Los baños turcos son así de calurosos.

Dos camareras jóvenes, de piel oscura y ojos vivaces y ardientes, a las que el socarrón fabricante alemán solía llamar «indígenas», sirvieron los cafés ante la atenta mirada del antiguo *steward*. El calor afectaba sobremanera a la familia griega, en particular a las mujeres. El cabeza de familia, un veterinario mórbidamente obeso del Pireo, explicaba en un alemán rudimentario los beneficios terapéuticos de ingerir café o té calientes con el calor. El caballero húngaro, a quien sus conocidos llamaban vagamente «señor diputado», comentaba las virtudes del baño caliente, completando así aquel digno y cosmopolita intercambio de opiniones. Por unos instantes pareció que las oleadas de calor les hacían perder el juicio a todos: el silencio inerte fue sustituido por la bulla, el alboroto, las risas nerviosas y el murmullo precipitado de palabras necias en distintas lenguas. Luego, casi sin transición, todos callaron exhaustos. Después apareció la pareja de búlgaros en luna de miel, un abogado de Varna y su esposa, que llevaba una margarita amarilla en su cabellera azabache con tanta devoción como una dama de honor en una boda; la pareja se abrazaba estrechamente, como temerosos de que la terraza fuera a hundirse y no quisieran separarse ni en el momento de la muerte. El oficial de Mostar, que por las mañanas cabalgaba por la costa a lomo de un caballo de alquiler, con la encomiable obstinación de un entendido, aprovechó la ocasión para compartir con sus interlocutores, en un tono enfático y cantarín, una extraña observación: cuando hacía bochorno, él percibía en la boca un sabor «acre y amargo», e ilustró con banal ingenuidad: «como si estuviera comiendo regaliz». Algunos se acercaron a la balaustrada para escrutar el horizonte, como esperando auxilio. Los bastiones meridionales de la ciudad se dibujaban opacamente entre la niebla cálida y difusa; los montones de piedra amarillenta humeaban al inclemente ca-

lor. La dama inglesa entrada en años, tal vez la única que a esa hora terrible seguía igual de bien vestida, compuesta e impasible, como si no existiera inclemencia climática alguna, se acercó a la balaustrada para observar los tejidos. También se oía de vez en cuando la voz del fabricante de porcelana, que en medio de su grupo, o sea, seguro y a salvo, vilipendiaba en voz alta la artesanía local, disuadiendo a quienes quisieran comprarle alguna cosa «a esos tipos».

—Todos son unos piratas y unos francotiradores —agregó, denigrando así al vendedor y a la raza que poblaba aquel paisaje áulico y pintoresco, aunque también monótono.

El pastor protestante, que con su escasa indumentaria veraniega de colores claros parecía en cierto modo un apóstata, soltó algunos comentarios doctos sobre las costumbres populares de «esta estirpe balcánica condenada a la extinción», haciendo gala de la deprimente erudición del misionero. El caballero húngaro, que entretanto trataba de convencer a la dama croata de los incomparables efectos refrescantes del baño caliente, abrió un periódico de su país no para leerlo sino para abanicarse. Un hombre con gafas, algo calvo, sin afeitar y pálido como un enfermo del corazón, pidió a la camarera un vaso de agua helada; había llegado unos días antes en solitario, pero hasta entonces había llamado tan poco la atención que ni los curiosos huéspedes del Argentina conocían su nacionalidad. Repitió la palabra *helada* con voz temblorosa y un énfasis inquieto, como si estuviese implorando una medicina. El pastor protestante, que oyó el pedido, se dirigió afable al desconocido y, una vez más con la benevolencia práctica del misionero, capaz de ofrecer remedio a cualquier mal físico o espiritual en un entorno bárbaro, aconsejó:

—Lo peor que puede hacer es beber agua fría con este calor. —Lo dijo en alemán, con la familiaridad que se merece el prójimo. Pero al no obtener respuesta, ni siquiera un gesto, alzó los hombros y se alejó.

Entonces fue el vendedor ambulante el que acaparó la atención general: se arrodilló inesperadamente ante la dama inglesa y, en esa postura, le sonrió como hacen las figuras secundarias de los monumentos a los padres de la patria; con una mano extendió sus tejidos rayados ante la dama, como pidiéndole que los pisara y que, de paso, aceptara su vida y su sangre. Esa pantomima muda y desmañada hechizó a todos los presentes. Pasaron varios minutos así.

Y por un instante, aquella variedad de acentos innegablemente balcánicos —donde las palabras alemanas, bruscas y erizadas de consonantes, resonaban como las órdenes de un pueblo invasor—, así como los suspiros, gemidos y risitas nerviosas, alcanzaron su punto de ebullición y se fundieron en un único gorgoteo vacilante. Si alguien se hubiera asomado a la terraza del Argentina en ese momento, habría visto una extraña pantomima, una escena de ópera empalagosa, en la cual el coro caótico y llorón que se agolpa con sus disfraces exóticos, calla de pronto y todos esperan a que por fin haga acto de presencia el tenor, naturalmente triste y acongojado. Sólo que no apareció ningún tenor. Únicamente sonó el gong del comedor y el antiguo *steward*, abriendo la puerta con cierta teatralidad, como un extra que pese a su insignificante papel interpreta al mismísimo destino, se asomó y llamó:

—*Monsieur Askenasi!* —Y bajando la voz, añadió en su obsesivo francés—: *On vous demande à l'appareil!*

No causó mayor sorpresa que quien se alzara de su butaca fuese el hombre de gafas, el caballero pálido que acababa de pedir un vaso de agua helada. Lo miraron de reojo pero con detenimiento, como si lo vieran por primera vez. Por unos instantes lo siguieron con la mirada.

—*Es-ist-fast-kaum-aus-zu-halten* (Es casi inaguantable) —farfulló silabeando el fabricante de porcelana y se puso en pie.

Todos miraron al cielo con súbita furia, como si alguien, en contra de lo convenido, los hubiera engañado. El fabri-

cante apuró su café y se dirigió al comedor. Desde el interior se oyó cómo repetía lacónicamente y en tono quejumbroso: «*Kaumauszubalten.*» En la primera planta, una camarera iba cerrando las verdes contraventanas, una por una. Los miembros del grupo se retiraron a sus respectivas habitaciones. Había llegado la hora del segundo turno del almuerzo.